

Retorta

Problemas intestinales

Rafael Aragón Dueñas

En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.

Horacio Quiroga, *El hombre muerto*.

Juan Gilberto García, el Sorcho, de cabeza cuadrada: cabello rapado con un estilo rapero, tenía los dientes frontales separados y con su voz ñoña, se encontraba sentado en una fonda en el pasaje Arroyo de la Plata desayunando un plato con pozole, otro de menudo, una orden de tacos de birria, todo esto acompañado con su Coca Cola de litro y medio. El Sorcho paladeaba la mezcla de alimentos acumulada en su boca y lo diluía con un sorbo de refresco. Terminó con el plato fuerte para dirigirse ahora al postre: gorditas de trigo/fibra de horno acompañadas con su vaso de un litro con malteada de chocolate. Tanto los clientes y la cocinera veían asombrados la increíble ingesta que realizaba el tipo de la cabeza cuadrada; además, les incomodó cuando eructó ante todos. Satisfecho, decidió pagar, agarró una servilleta para limpiarse la boca y se la guardó en su bolsillo del pantalón, junto con el cambio que recibió, ahí sintió entre sus dedos una navaja suiza.

Se retiró de la fonda para irse a la Suburban que estacionó en una de las avenidas del centro histórico. Sentado en el asiento del conductor, el Sorcho sacó el objeto de su pantalón y lo contempló; la navaja con múltiples aditamentos le recordó aquellos momentos cuando cursaba la secundaria Pedro Vélez: «Qué buenos tiempos. Hace un año salí de ella. Mis mejores años los viví en la secundaria. Molestaba a mocosos, las morrillas me enseñaban sus calzones en los baños, era desmadroso y siempre guardaba la navaja pa' que los prefectos no me la wacharan. Mis jefitos ricos siempre me hicieron el paro con el director pa' que no me expulsaran por ser un valemadrasta. No olvidaré jamás esos viejos tiempos». Juan Gilberto revisó los distintos aditamentos: un sacacorchos, un abrelatas, una lima, un tenedor y la hoja filosa. Decidió cerrar sus diversas funciones y guardar la

navaja en donde la había sacado. Para hacer digestión emprendió el recorrido en la Suburban en los distintos puntos del centro histórico y en las afueras de la ciudad.

Luego de un rato manejando llegó a la carretera Morelos-Fresnillo; se detuvo abruptamente porque sintió un fuerte retortijón: las tres comidas corridas ya estaban haciendo efecto. Estacionó el auto en la orilla de la carretera, frente a un pastizal cercado con alambres de púas: «Chingao, aquí me parqueo, nomás voy a cagar al pasto y me limpio con la servilleta que me traje de la fonda y seguiré dando el rol», dijo cuando salía del vehículo para llegar a su objetivo. Con el pantalón hacia abajo y en cucullas, ejerció sonoras flatulencias seguido de la expulsión de materia fecal, en un principio líquida pastosa parecida al atole champurrado para después convertirse en pedazos duros semejantes a rebanadas amorfas de un pastel de chocolate. Finalizó con un atronador pedo y aliviado estuvo a punto de limpiarse cuando de pronto escuchó los fuertes bramidos acompañados de un trote enfurecido que se acercaba a él.

El cabeza cuadrada volteó y se percató de que era un burro muy excitado, el falo se le zangoloteaba de un lado hacia otro dejando rastros de viscosidad a su paso. Juan Gilberto tiró la servilleta y trató de subirse el pantalón pero al ver que la bestia se aproximaba decidió correr al alambrado. No pudo salir porque el burro ya lo había alcanzado. El hombre luchaba con el animal, le daba cachetadas con una mano y con la otra trataba de subirse el pantalón aunque no podía. Las bofetadas no hacían reaccionar al asno y en un movimiento ágil extrajo la navaja suiza del pantalón, usó la hoja filosa para amenazar al animal rasguñándole ligeramente el belfo. El burro se retiró aún con la erección sobresaliente. Juan Gilberto estaba feliz porque había ganado la batalla, pero le incomodaba el excremento adherido entre ano y nalgas. A un par de metros vio la servilleta al lado de su mierda y se aproximó rápidamente para agarrarla.

Como aún tenía el pantalón bajado y en su mano traía la navaja reluciendo la hoja filosa, pisó mal, tropezó y cayó en sus propios desechos corporales. El filo del acero entró en el esternón; gritó como un animal comenzando a vomitar sangre. Sus alaridos parecían los de una burra en celo. Al asno le atrajeron esos sonidos; se acercó y lo vio empinado reluciendo el trasero lubricado. Sin más preámbulos se dirigió a él montándolo con fiereza, el burro había ganado la guerra del amor y rebuznaba de placer. Juan Gilberto García el Sorcho, sintiendo ambas penetraciones, recordó sus tiempos en la secundaria Pedro Vélez, cuando hace un año, durante la ceremonia de graduación, le rompió con la navaja suiza los papeles de recibimiento a un compañero que siempre le hacía *bullying*. Cuando les escupía el lonche a los de primer año. Cuando entraba a los sanitarios femeninos a amenazar con la navaja a las compañeras para que se bajaran las bragas mientras él se masturbaba frente a ellas. Cuando recibía los reportes y citatorios por su mala conducta, pero sus padres, con influencias poderosas, sobornaban al director para que su muchacho siguiera cursando la secundaria. Cuando se sentía superior ante los demás porque los amenazaba con su objeto punzocortante. El burro a punto de venirse y Juan Gilberto García el Sorcho en su último suspiro afirmó: «No olvidaré jamás esos viejos tiempos».